

y el principio de la Europa; Shakespeare marca el fin de la Edad Media. El fin de esta edad también lo marcan Rabelais y Cervantes, pero como son génius burlescos, solo presentan un aspecto parcial; el génio de Shakespeare presenta el aspecto total. Homero y Shakespeare cierran las dos puertas primeras de la barbarie, la puerta antigua y la puerta gótica. Se les dió esa misión y la cumplieron. La tercera gran crisis humana es la revolución francesa, y en estos momentos se cierra la tercera puerta de la barbarie, la puerta monárquica. El siglo diez y nueve la oye girar sobre sus goznes: por eso la poesía, el drama y el arte viven en la era actual tan independientes de Shakespeare como de Homero.

III.

Homero, Job, Esquilo, Isaías, Ezequiel, Lucrecio, Juvenal, San Juan, San Pablo, Tácito, Dante, Rabelais, Cervantes y Shakespeare, son inmóviles gigantes que señalan la marcha del espíritu humano.

Los génius constituyen una dinastía y ciñen sus frentes con todas las coronas, incluyendo en ellas las de espinas.

Cada uno representa la suma de lo absoluto que el hombre consigue realizar. Escoger entre ellos, preferir uno á otro, señalar el primero entre los primeros, es de todo punto imposible. Todos son génius.

Quizá podría designarse como cimas más altas á Homero, á Esquilo, á Job, á Isaías, á Dante y á Shakespeare; pero designándolas tendríamos que admitir reclamaciones muy legítimas.

Debe tenerse presente que aquí solo hablamos bajo el punto de vista del arte, y del arte literario.

En el grupo enumerado, Esquilo y Shakespeare representan especialmente el drama. Esquilo, especie de génio fuera de su turno, digno de marcar un principio ó un fin en la humanidad, no parece que ocupe su fecha en la serie; parece, no el sucesor, sino el antecesor de Homero. Si se tiene presente que han desaparecido noventa obras de Esquilo y que no nos quedan más que siete dramas, que son al mismo tiempo siete odas, nos quedamos estupefactos de lo que vemos en este génio y espantados de lo que no vemos. No sabemos bien lo que fué Esquilo, porque no conocemos perfectamente las formas de sus proporciones. Las cenizas de los siglos le cu-

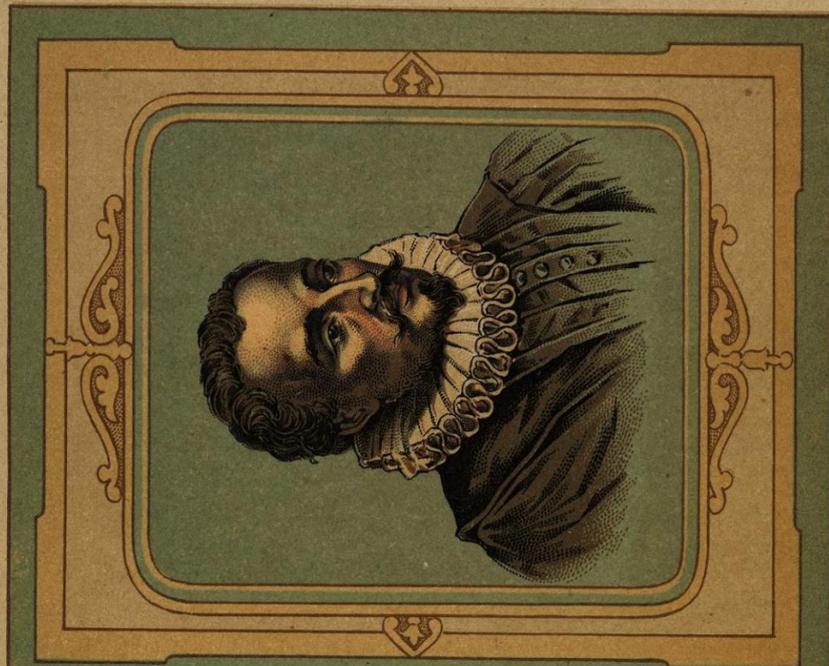
bren hasta los hombros y solo nos dejan ver la cabeza; pero como el coloso de las soledades, su cabeza llega hasta la altura de la de los dioses que le rodean y que están de pié sobre sus pedestales.

La humanidad pasa por delante de este naufrago insumergible, que ha dejado restos suficientes para constituir una gloria inmensa. Lo que de él envuelve la oscuridad añade á su propia grandeza la grandeza de lo desconocido. Enterrado y eterno, sacando Esquilo la cabeza de la sepultura, contempla las generaciones.

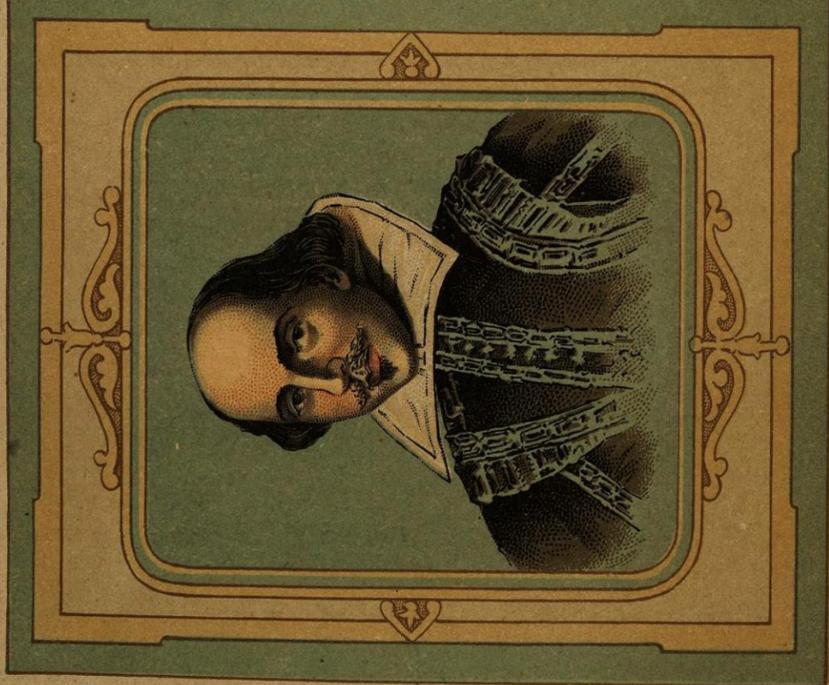
IV.

A la vista del pensador, estos génius ocupan tronos en el ideal.

A las obras individuales que nos legaron se deben añadir las vastas obras colectivas, los *Vedas*, el *Ramayana*, el *Mahabharata*, el *Edda*, los *Nibelungen*, el *Heldenbuch* y el *Romancero*. Algunas de estas obras parecen revelaciones religiosas en las que ha intervenido colaboración desconocida. Particularmente los poemas de la India ofrecen la amplitud siniestra de lo posible, imaginado por la demencia ó referido por el sueño. Estas obras parecen producidas en común por seres á los que la tierra no está acostumbrada. Horror legendario inspiran esas epopeyas. *Esos libros no los ha compuesto un hombre solo*, dice la inscripción de Ash-Nagar. Para inscribirlos bajaron los dijimus, meditaron los magos polípteros, los textos fueron interlineados por manos invisibles, los semidemonios ayudaron á los semidioses, y el elefante que la India llama el Sábio fué consultado. De aquí que tengan una majestad terrible. En estos poemas, en que se vé la oscura Asia en toda su plenitud, existen los grandes enigmas. Sus prominencias tienen la línea divina y horrorosa del caos y llenan el horizonte como el Himalaya. Lo lejano de las costumbres, de las creencias, de las ideas, de las acciones y de los personajes es extraordinario. Al leer estos poemas se baja involuntariamente la cabeza asombrada, pensando en la profunda distancia que media entre el libro y el lector. Ha sido evidentemente mucho más difícil reunir y coordinar esta Escritura Santa de Asia que la nuestra por su falta absoluta de unidad. Por más que los brahmanes, como nuestros sacerdotes, la hayan reformado con tachaduras y adiciones, en ella está Zoroastro y el Ized Serosch; en ella



CERVANTES



SHAKESPEARE

el Eschem de las tradiciones mazdeas, bajo el nombre de Siva; en ella se distinguen claramente el maniqueísmo entre Brahma y Budha. En estos poemas se confunden y desaparecen todo género de huellas y vestigios, quedando tan solo, ó la agitacion misteriosa de muchedumbre de espíritus que ha trabajado en ellos en la noche de los siglos, ó la enorme huella del gigante, ó la horrible garra de la quimera. Estos poemas son la pirámide de un hormiguero de pueblos desaparecidos.

Los *Nibelungen*, que es otra pirámide formada por otra muchedumbre de pueblos, tiene la misma grandeza. Lo que las diosas hacen en aquellos, lo hacen los elfos en éstos. Las grandes leyendas épicas, testamentos de las edades y señales impresas por las razas en la historia, no tienen otra unidad que la unidad del pueblo. La combinacion de lo colectivo y lo sucesivo forman un conjunto. *Turbat fit mens*. Las narraciones son nieblas alumbradas por prodigiosos relámpagos. El *Romancero*, creando el Cid despues de Aquiles y lo caballeresco tras lo heróico, es la Iliada de muchos Homeros perdidos. No hay tipo oriental ni helénico que sea superior al conde Julian, al rey Rodrigo, á la Cava, á Bernardo del Carpio, al bastardo Mudarra, á Nuño Salido, á los siete infantes de Lara y al condestable Alvaro de Luna. El caballo del Campeador tiene tanto valor como el perro de Ulises. Hay que colocar entre Priamo y Lear al viejo de la almena de Zamora, que sacrifica á su deber, arrancándoselos del corazon, á sus siete hijos. En presencia de estas sublimidades, el lector sufre una especie de insolacion.

Estas obras son anónimas, y por razon del *homo sum*, á pesar de admirarlas y de hacer constar que ocupan la cumbre del arte, preferimos á ellas las obras antes citadas. El *Ramayana* nos interesa menos que Shakespeare, siendo igual en belleza. El yo de un hombre es más vasto que el yo de un pueblo. Sin embargo, estas miriologías de orden compuesto, los grandes testamentos de la India sobre todo, más que poemas son obras llenas de poesía, que á la par retratan á las humanidades pasadas y sacan de su misma deformidad cierto aire sobrenatural. El yo múltiple que estas miriologías expresan hace de ellas enormidades difusas y maravillosas, pólipos de la poesía. Se observa en ellas las extrañas soldaduras del boceto antidiluviano,

como en el ictiosauro y en el pterodactilo.

Alguna de esas negras obras maestras dibuja en el horizonte del arte la sombra de una hidra.

El génio griego no se engañó aborreciéndolas. Apolo las hubiera combatido.

Sobre todas estas obras colectivas y anónimas, exceptuando el *Romancero*, existen los génios que acabamos de nombrar, que representan pueblos enteros, y muestran á las naciones y á los siglos la faz humana. Representan en el arte la encarnacion de la Grecia, de la Arabia, de la Judea, de la Roma pagana, de la Italia cristiana, de la España, de la Francia y de la Inglaterra. Alemania, que, como el Asia, es madre de razas, de pueblos y de naciones, está representada en el arte por un hombre sublime, igual, aunque de categoría diferente, á los que más atrás hemos caracterizado. Este hombre es Beethoven. Beethoven es el alma de la Alemania.

Alemania es una sombra! Dijérase que es la India de Occidente, porque todo vive allí. Imposible imaginar formacion más colosal. En la bruma sagrada en que se mueve el espíritu aleman, Isidoro de Sevilla introduce la teología, Alberto el Grande la escolástica, Haraban Maur la lengüística, Tritemo la astrología, Ottnit la caballería, Tutilo la universalidad, Estadiano el método, Lutero el exámen, Alberto Durero el arte, Leibnitz la ciencia, Puffendorf el derecho, Kant la filosofía, Fichte la metafísica, Winkelmann la arqueología, Herder la estética, los Vossios, de los cuales Gerardo Juan pertenecia al Palatinado, la erudicion; Euler el espíritu de integracion, Humboldt el génio de los descubrimientos, Niebuhr la historia, Gottfried de Strasburgo la fábula, Hoffman el sueño, Hegel la duda, Ancillon la obediencia, Werner el fatalismo, Schiller el entusiasmo, Goethe la indiferencia y Arminio la libertad. Y Képler pone allí los astros. Gerardo Groot, el fundador de los *Fratres communis vitæ*, presiente en el siglo quince la fraternidad. Alemania no es impersonal, á pesar de su aficion á la indiferencia de Goethe; es una nacion magnífica, para quien Ruckert, el poeta militar, compone los *Sonetos acorazados*, y que se apasiona cuando Koerner lanza el *Grito de la Espada*. La pátria alemana es el gran pais amado, *Teutonia mater*. Galgaco ha sido para los germanos lo que Caractaco para los bretones. Alemania lo tiene todo. Comparte á

Carlo-Magno con Francia y á Shakespeare con Inglaterra, porque el elemento sajón está mezclado con el elemento británico. Tiene su Olimpo, que es la Walhalla. Faltándole una escritura propia, Ulfilas, obispo de Mesia, la inventa, compitiendo desde entonces la caligrafía gótica con la árabe. La mayúscula de un misal compite en fantasía con la firma de un califa. Alemania, como China, ha inventado la imprenta. Sus Burgraves son para nosotros lo que los Titanes son para Esquilo. Al templo de Tafana, destruido por Germánico, sucede la Catedral de Colonia. Es la abuela de nuestra historia y de nuestras leyendas.

El cuento, especie de forma de sueño, se introduce en su géneo por todas partes: por el Rhin y por el Danubio, por el Alpe Rauhe; por la antigua *Sylva Gabressa*, por la Lorena moselana y por la Lorena ripuaria; por el Wigalois y el Wigamur; por Enrique el Pajarero; por Samo, rey de los Vedas; por Rothe, el cronista de Turinga; por Twinger, el cronista de Alsacia; por Gausbein, el cronista de Limburgo, y por todos los antiguos cantores populares Juan Foltz, Juan Viol, Muscatblüt y por los *minnesenger*, semejantes á los rapsodas. De allí salen al mismo tiempo los idiomas: hácia el Norte el danés y el sueco; hácia el Oeste el holandés y el flamenco, que pasando por la Mancha se transforma en inglés. El géneo germánico tiene otras fronteras además de las de Alemania en el orden de los hechos intelectuales. Hay pueblos que resisten á Alemania y que ceden al germanismo. El espíritu alemán se asimila á los griegos por Müller, á los serbios por Gerhard, á los rusos por Goethe y á los magyares por Mailath. Keplero hacia sus Tablas Rudolfinas delante de Rodolfo II con la ayuda de Tycho-Brache. Las afinidades de Alemania llegan más lejos. Al gran centro germánico se unen el géneo escandinavo con Ehenschlaeger y el géneo báltico con Voudel, sin alterar las autonomías locales y nacionales. Se une á él también la Polonia desde Copérnico hasta Kosciuzko y desde Sobieski hasta Mickiewicz. Alemania es el pozo de los pueblos; de ella salen como rios y en ella se confunden como en el mar.

Parece que se oye por toda la Europa el prodigioso murmullo del bosque de Hercyna. El carácter alemán, profundo y sutil, diferente del carácter europeo, pero acorde con él, se volatiliza y flota sobre las naciones. El espíritu alemán

es brumoso, luminoso y vago. Es una especie de alma cubierta de nubes y estrellada. Quizá la verdadera expresión de la Alemania solo puede darla la música. La música, que por su falta de precisión, en este caso especial es una cualidad, vá á donde se dirige el géneo alemán.

Si el géneo alemán tuviera tanta densidad como extensión, tanta voluntad como facultad, podría en momentos dados engrandecer y salvar al género humano. Pero tal como es, es sublime.

En poesía no ha dicho aun la última palabra; en la actualidad presenta síntomas excelentes. Parece que vaya á tener magnífico despertar, sobre todo después de haber jubilado al noble Schiller. El gran poeta definitivo de Alemania ha de ser necesariamente poeta de la humanidad, del entusiasmo y de la libertad. Quizás, si no engañan ciertas señales, surgirá pronto del grupo de escritores alemanes, jóvenes contemporáneos.

La música es, permítasenos esta expresión, el vapor del arte. Es á la poesía lo que la visión es al pensamiento, lo que el fluido es al líquido, lo que el Océano de las nubes es al Océano de las olas. Considerada bajo otro aspecto, es lo indefinido de lo infinito. El mismo aliento la mueve en todas direcciones, la llena de confusión, de luz y de rumor inefable, la satura de electricidad y la hace estallar en descargas de truenos. La música es el verbo de la Alemania. El pueblo alemán, tan comprimido como pueblo y tan emancipado como pensador, canta con amor sombrío. Cantar es parecido á emanciparse. Lo que no se puede decir y lo que no se puede callar lo expresa la música. Por eso toda la Alemania es música mientras espera ser libre. Los coros de Lutero tienen algo de la Marsellesa. Hay allí orfeones en todas partes. En Suavia se celebra todos los años la Fiesta del canto, en las orillas del Neckar, en la pradera de Euslingen. La *Liedermusik*, cuya obra maestra es el *Rey de los alisos*, de Schubert, forma parte de la vida alemana. El canto es la respiración para Alemania; por medio del canto respira y conspira. Alemania se comunica con el género humano por medio de la armonía, que es admirable comienzo de unidad, y por medio de las notas, que son sílabas de la vaga lengua universal. Del mar salen las nubes que derraman la lluvia que fecundiza la tierra; y en Alemania, por medio de la música, salen las ideas que penetran en

las almas. Por eso podemos decir que los más grandes poetas de Alemania son sus músicos, admirable familia que tiene por jefe á Beethoven.

El gran pelago es Homero; el gran heleno es Esquilo; el gran hebreo es Isaías; el gran romano es Juvenal; el gran italiano es el Dante; el gran inglés es Shakespeare; el gran alemán es Beethoven.

V.

El "ex-buen gusto", especie de derecho divino, que estuvo ahogando durante mucho tiempo al arte y que consiguió suprimir lo bello en obsequio de lo limado, y la antigua crítica, que aun no ha muerto completamente todavía, aseguran que los géneos soberanos que acabamos de enumerar incurren todos en el mismo defecto; en el de la exageración. Efectivamente, colman la medida; pero esto depende de la cantidad de infinito que encierran. No son circunscritos, porque encierran algo de lo ignorado.

Los reproches que se les dirigen podrían también dirigirlos á las esfinges. Se reprocha á Homero la carnicería con que llena la *Iliada*; á Esquilo, que es monstruoso; á Job, á Isaías, á Ezequiel y á San Pablo, que tienen doble sentido; á Rabelais, la desnudez obscena y la ambigüedad venenosa; á Cervantes, la risa páfida; á Shakespeare, la sutileza; á Lucrecio, á Juvenal y á Tácito, la oscuridad; á Juan de Patmos y á Dante Alighieri, las tinieblas.

Ninguno de estos reproches puede dirigirse á otros espíritus muy grandes, pero no tanto como los que acabamos de mencionar. Hesiodo, Esopo, Sófocles, Eurípides, Platon, Tucídides, Anacreonte, Teócrito, Tito Livio, Salustio, Ciceron, Terencio, Virgilio, Horacio, Petrarca, el Tasso, Ariosto, La Fontaine, Beaumarchais y Voltaire, ni son exagerados ni hay en ellos oscuridad, monstruosidad ni tinieblas; pero les falta lo desconocido, esto es, el infinito.

Si Corneille lo tuviera, sería igual á Esquilo; si Milton lo tuviera, sería igual á Homero; si Molière lo tuviera, sería igual á Shakespeare.

Haber truncado y reducido la primitiva tragedia por obedecer á las reglas, es el pecado de Corneille. Haber excluido de su obra la inmensa naturaleza por melancolía puritana, es el defecto de Milton. Haber extinguido demasiado pronto, por miedo á Boileau, el lumino-

so estilo del *Aturdido*, y haber escrito pocas escenas como la del Pobre de *Don Juan* por miedo al clero, es el vacío de Molière. No dar lugar á censuras es conseguir una perfección negativa; es deseable poder ser atacado.

Profundizad el sentido de las palabras colocadas como máscaras sobre las misteriosas cualidades de los géneos, y bajo la oscuridad, la sutileza y las tinieblas encontrareis la profundidad; bajo la exageración, la imaginación, y bajo la monstruosidad, la grandeza.

Por eso en las regiones superiores de la poesía y del pensamiento viven Homero, Job, Isaías, Ezequiel, Lucrecio, Juvenal, Tácito, Juan de Patmos, Pablo de Damasco, Dante, Rabelais, Cervantes y Shakespeare.

Estos géneos supremos no constituyen una serie cerrada. El Todopoderoso añade á ella algun nombre cuando las necesidades del progreso lo exigen.

LIBRO TERCERO

El arte y la ciencia.

I.

En nuestros días hay muchos que dicen y que repiten que la poesía se vá. Que es como si dijeran: Ya no hay rosas, la primavera ha muerto, ya no sale el sol; recorred todos los prados de la tierra y no encontrareis ni una sola mariposa; ya no alumbra la luna, ni se remonta el águila, ni existen los Alpes ni los Pirineos, ni hay mujeres hermosas, ni gallardos mancebos, ni la madre ama á sus hijos, ni vive el corazón humano.

Si fuera posible confundir lo contingente con lo eterno, lo contrario de todo eso sería lo verdadero. Jamás las facultades del alma humana, abierta y enriquecida por los surcos misteriosos de las revoluciones, han sido tan profundas y tan dignas.

Tened paciencia, dejad que dentro de poco se realice la salvación social por medio de la enseñanza gratuita y obligatoria, y representaos la incalculable suma de desarrollo intelectual que representará esta frase: Todos saben leer. La multiplicación de los lectores es la multiplicación del milagro de los panes y de los peces. Cuando Cristo ideó este símbolo, presintió la imprenta. El prodi-

gio que realizó la aparición del libro, fué su verdadero milagro. Cinco mil almas, cien mil, un millon, toda la humanidad puede alimentarse con él; la invención de la imprenta que realizó Gutenberg está contenida en la multiplicación de los panes que hizo Jesús. El primer sembrador anuncia al segundo.

¿Qué es el género humano desde el origen de los siglos? Un lector que ha deletreado durante mucho tiempo, que deletrea aun, pero que leerá muy pronto. El niño de edad de seis mil años ha frecuentado desde los primeros momentos la escuela de la naturaleza. Como no tenía otro libro, ha deletreado el universo, y han constituido su primera enseñanza las nubes, el firmamento, los meteoros, las flores, los brutos, los bosques, las estaciones y todos los fenómenos. El pescador de la Jonia estudia las olas, el pastor de Caldea deletrea las estrellas. Después, como progreso sublime, aparecieron los primeros libros. El libro es todavía más grande que el espectáculo del mundo, porque al hecho añade la idea. Si hay algo más grande que Dios visto en el sol, es Dios visto en Homero.

El universo sin libro es la ciencia en bosquejo, y con el libro es la aparición del ideal. Así se vé en seguida la modificación inmediata en el fenómeno humano. Donde antes se manifestaba solo la fuerza, se manifiesta el poder. El ideal aplicado á los hechos reales constituye la civilización. La poesía escrita y cantada empieza la obra, que es la deducción magnífica y eficaz de la poesía contemplada. Importa consignar este hecho verdaderamente maravilloso; cuando la ciencia aun soñaba, la poesía obraba ya. El sonido de una lira quita la ferocidad al pensador.

Más tarde nos ocuparemos del poder del libro, que se comprende á primera vista. Muchos escritores y pocos lectores: tal ha sido el estado del mundo hasta estos días; pero este estado vá á cambiar. La enseñanza obligatoria es la ilustración reclutando prosélitos. El progreso se realizará en lo sucesivo por el aumento de la legión de personas cultas. El diámetro del bien ideal y moral corresponde siempre á la abertura de las inteligencias. El corazón vale lo que vale el cerebro.

El libro es el instrumento de esta transformación. La humanidad necesita el alimento de la ilustración, que se lo

proporciona la lectura. De aquí nace la importancia de la escuela, que en todas partes es adecuada á la civilización. Por fin, el género humano vá á abrir el gran libro. La inmensa Biblia humana, que compusieron todos los profetas, todos los poetas y todos los filósofos, vá á resplandecer y á iluminar desde el foco de la lente luminosa que se llama enseñanza obligatoria.

La humanidad que lee es la humanidad que sabe.

Es, pues, una necesidad decir: ¡La poesía se vá! Con más verdad se podría decir: La poesía llega.

Quien dice poesía dice filosofía é ilustración. Ahora empieza el reinado del libro, y la escuela será su más firme apoyo. Aumentad los lectores y aumentareis los libros. No precisamente en valor intrínseco, que tendrán el mismo que tenían, sino en poder eficaz; antes eran lindos, en lo sucesivo serán útiles.

¿Quién negará que extendiendo el número de lectores se aumentará el número de los libros leídos? Siendo la necesidad de leer un reguero de pólvora, una vez encendido ya no se parará; y esto, combinado con la simplificación del trabajo material que consiguen las máquinas y con el aumento de ocios que proporcionarán al hombre, teniendo el cuerpo menos fatigado, dejará su inteligencia más libre; el deseo de saber se despertará en todos los cerebros; la insaciable sed de conocer y de meditar preocupará más cada día á la razón humana; abandonará ésta los lugares inmundos para frecuentar las regiones altas, que es la ascension natural de toda inteligencia que se desarrolla; caerá en olvido el *Foublas* y en cambio se leerá la *Orestia*; se saboreará lo digno, que nunca sacia; se devorará lo bello, porque la delicadeza de los espíritus aumenta en proporción á su fuerza, y llegará un día en que, alcanzando su plenitud la civilización, las cumbres casi desiertas durante muchos siglos, y que solo visitaban los génios selectos como Lucrecio, Dante y Shakespeare, se verán llenas de inteligencias, que ascenderán á ellas á buscar el alimento intelectual.

II.

No pueden regir dos leyes: la unidad de la ley resulta de la unidad de la esencia; la naturaleza y el arte son las dos vertientes del mismo hecho. En principio, salvo la restricción que indicaremos,

la ley que rige á la una rige al otro. El ángulo de reflexión es igual al ángulo de incidencia. Siendo todo equidad en el orden material, resulta que todo es ecuación en el orden intelectual. El binomio maravilla, aplicable á todas las cosas, está incluido en la poesía lo mismo que en el álgebra. La naturaleza más la humanidad, elevadas á la segunda potencia, dan el arte. Hé aquí el binomio intelectual. Ahora sustituid el $A+B$ por la cifra especial que corresponde á cada gran artista y á cada gran poeta, y obtendréis en su fisonomía múltiple y en su total riguroso cada una de las creaciones del espíritu humano. Nada hay tan bello como la variedad de las obras magistrales que resultan de la unidad de la ley. La poesía, lo mismo que la ciencia, tiene una raíz abstracta; la ciencia sale de ella convertida en obra maestra de metal, de madera ó de fuego, en máquina, en navío ó en locomotora; la poesía sale de ella convertida en obra magistral en la *Iliada*, en el *Cántico de los Cánticos*, en el *Romancero*, en la *Divina comedia* y en el *Macbeth*. Nada despierta y prolonga tanto la admiración del pensador como esas misteriosas exfoliaciones de la abstracción en realidades en la doble región del pensamiento humano, una exacta y otra infinita. Región doble, y sin embargo una; el infinito es una exactitud. La palabra profunda *Nombre* está en la base del pensamiento humano, y es, para nuestra inteligencia, un elemento; significa armonía y matemáticas. El número se revela al arte por medio del ritmo, que es el latido del corazón en lo infinito. En el ritmo, ley del orden, se siente á Dios. El verso es numérico, como una muchedumbre; sus piés marchan con la cadencia del paso de una legión. Sin el número no habría ciencia ni poesía. El número rige á la geometría y á la aritmética y rige también á la estrofa, á la epopeya, al drama, á las tumultuosas palpitations del hombre, á la explosión del amor, á los fulgores de la imaginación y á todas las pasiones con sus nubes y relámpagos. Son de su dominio las secciones cónicas y el cálculo diferencial, y le pertenecen al mismo tiempo Ajax, Héctor, Hécuba, los Siete Jefes ante Tebas, Edipo, Ugolino, Mesalina, Lear, Priamo, Romeo, Desdémona, Ricardo III, Pantagruel, el Cid y Alceste; comienza en dos y dos son cuatro, y llega hasta las regiones de donde salen los rayos.

Sin embargo, entre el arte y la ciencia

señalaremos una diferencia radical: la ciencia es perfectible, el arte no. ¿Por qué?

III.

El arte es una excepción singular entre las cosas humanas; la belleza de éstas consiste en poder perfeccionarse; nada hay en el mundo que esté dotado de esta propiedad; crecer, aumentar, fortalecerse, ganar, adelantar, valer hoy más que ayer, constituye á un mismo tiempo la gloria y la vida. La belleza del arte la constituye el no ser perfectible.

Insistiremos en algunas de las ideas esenciales que insinuamos en las páginas precedentes. Las obras magistrales existen de una vez para siempre. El primer poeta que aparece llega hasta la cumbre; después otros subirán hasta su misma altura, pero no más altos. Se podrán llamar Dante ó Shakespeare, pero el primer poeta se llamará Homero.

El progreso, que es punto movable y etapa que se renueva eternamente, cambia de horizonte, pero el ideal no cambia. El progreso es el motor de la ciencia, el ideal es el generador del arte, y así se explica por qué es propiedad de la ciencia el perfeccionamiento y del arte no.

Un sábio hace olvidar á otro sábio, pero un poeta no hace olvidar á otro poeta.

El arte camina á su manera, mudando de sitio como la ciencia; pero sus creaciones sucesivas subsisten porque contienen algo de lo inmutable, mientras que las creaciones admirables de las ciencias se abandonan por otras, porque no son ni pueden ser más que combinaciones de lo contingente.

La ciencia encierra lo relativo y el arte lo definitivo. La obra que es magistral hoy, será magistral mañana. Ni Shakespeare perjudica á Sófocles, ni Molière eclipsa á Plauto, ni Figaro oscurece á Sancho Panza. Los poetas no suben unos en hombros de otros; se elevan solos, sin más apoyo que el suyo y sin pisar á sus compañeros. Los recién venidos respetan á los antiguos; se suceden, pero no se sustituyen. Lo bello no eclipsa á lo bello.

Shakespeare no está sobre el Dante, ni Molière sobre Aristófanes, ni Calderon sobre Eurípides. Sublimidad quiere decir igualdad.

El espíritu humano es el infinito posible. Las obras magistrales, como ver-